

que despues de haber bien confesado y comulgado, visitasen el dia 15 de Mayo, fiesta de S. Isidro, esta hermita. Llama su Santidad en esta Bula de nuestra gloriosa Labradoradora, sin aditamento ni restriccion alguna, *Santa Maria de la Cabeza*. Y como las palabras que se salen de la boca del Supre-

mo Oráculo de la Iglesia Católica, y las cláusulas que sella con el diamante de su precioso anillo, executan indispensablemente por la mas rendida aceptacion de todos; nos hallamos con obligacion de justicia á no ser escasos en la veneracion, culto y devocion de esta gloriosísima Santa.

CAPITULO I



LIBRO CUARTO.

RESPLANDECE LA OMNIPOTENCIA de Dios en los dos Esposos Santos con multitud de milagros, favoreciendo á la naturaleza en todas edades contra todos los infortunios con maravilloso poder para dar salud, y con dominio absoluto sobre la muerte.

CAPÍTULO I.

Hallan los matrimonios estériles milagroso patrocinio en San Isidro para conseguir, despues de muchos años, la fecundidad deseada; y socorre con felicidad en los partos peligrosos.

Quien camina por jardines, forzoso es que le diviertan varias flores, que en los áridos páramos faltan para recrear el ánimo del pasajero. Quien escribe Historias generales del mundo, bueno será que no se divierta mas de lo preciso, contando brevemente sucesos de la tierra, que al fin camina por entre breñas peligrosas. Mas el particular Historiador de Santos en su Eclesiástica Historia no debe llevar tan acortado el esti-

lo, dice nuestro Montoya, que se contente con una simple narracion, sino que ha de irse deteniendo en millones de gustos, que en semejantes escritos recibe el corazon con aprovechamiento del alma. Y pues no es ley de Historia amontonarlo todo sin distincion, bien será que de tanto olimpo de milagros como se descubre en el dilatado campo del patrocinio del glorioso Labrador S. Isidro, para toda especie de necesidades, y todo

do género de gentes, vayamos cogiendo las flores con distincion , para formar con diversidad los ramilletes al gusto , á la admiracion y al provecho.

No desmerece el primer lugar en la narrativa de milagros la fecundidad milagrosa en mugeres estériles, pues como tan correspondiente á la primera formacion del hombre , hace resplandecer la Omnipotencia del Criador, dando ser á la criatura , donde la naturaleza misma lo repugna , como sucedió con una muger llamada Dominga. Hallábase esta , despues de mucho tiempo casada , sin sucesion , ni esperanza de tenerla. Deseábala mucho ; y para conseguirla encargaba oraciones, hacia novenas , y mandaba decir algunas Misas. Un dia la puso Dios en el corazon pidiese este favor al bienaventurado S. Isidro. Fuese al Santo , y con mucha devocion y fe le encomendó su pretension. Manifestábale sus deseos , y le expresaba sus motivos , diciéndole con grande eficacia , que no solo la habia de conceder sucesion , sino que habia de ser un muchacho. Luego se sintió preñada , y antes de cum-

plirse un año dió á luz un niño como deseaba , quedando muy alegre y reconocida al Santo.

No merece desigual admiracion lo que en 1271 sucedió con una labradora. Vivía en Leganes , (entonces pequeña alquería y ahora lugar crecido , distante dos leguas de Madrid) una buena muger llamada Maria. Había vivido esta doce años continuos en legítimo matrimonio , pero sin haber concebido jamas. Dábala su esterilidad mucha pena ; y acaso se la aumentaba su marido con las sinrazones que la decia y disgustos que la daba ; como si fuera culpa de la muger lo que es disposicion de Dios.

Corria por entonces la fama de los prodigios y milagros del Varon de Dios Isidro con universal aplauso. Oyó á muchos esta buena muger los favores que habian alcanzado del Santo en sus necesidades , y movida á devocion determinó acudir con la suya á su amparo. Ofreció ir á visitar su sepulcro y presentarle por devocion alguna cosa. Pasó á Madrid con licencia de su marido , y quedóse una noche en la Iglesia de S. An-

dres velando y orando delante del sepulcro. Hizo allí sus devociones, pidiendo á S. Isidro, con mucha fe y esperanza, la alcanzase de la Divina Clemencia fruto de bendicion para consuelo suyo, y sosiego de las injustas quejas de su marido. No pasaron muchos meses sin cumplirla el Santo sus deseos; pues de allí á poco se conoció embarazada, y dentro de diez meses alegró su casa con un parto feliz. Vino luego á la Capilla y sepulcro del santo Labrador con su criatura: dióle las gracias, y con liberalidad y devocion ofreció la cera que pudo, y otras cosas, publicando esta maravilla para gloria de Dios y de S. Isidro.

Despues de veinte y dos años que hacia estaba casado un Caballero de Madrid con una Señora, no habia logrado tener sucesion, por ser la muger conocidamente infecunda. Sentian sobre manera la falta de hijos, ya por verse morir sin legitimo heredero de sus bienes, ya por no dexar quien despues de sus dias les encomendase á Dios; aunque hay hijos tan ingratos que se olvidan de lo segundo en logrando lo primero. Deseando, pues,

estos buenos casados tener sucesion por motivos tan honestos, se ofrecieron de todo corazon al glorioso Labrador. Fueron juntos á visitarle á su Capilla; mandaron celebrar algunas Misas en su altar; ofrecieron aceyte para su lámpara, y dieron algunos cirios de cera, que ardiesen delante de su santo cuerpo. Suplicáronle con rendido afecto les alcanzase de Dios el fruto de bendicion que deseaban. Conocióse bien que á un tiempo fueron en la presencia del Señor presentadas las oraciones de ambos por el Santo, y por su respeto aceptadas; pues volviendo confiados á su casa, á poco tiempo se hizo la Señora preñada, y dió á luz con felicidad un infante, en quien se reclinó el honor de su ascendencia, y se aseguró la dicha de su descendencia. Estimó siempre su agradecimiento este beneficio por evidente milagro de S. Isidro Labrador, como en 1597 lo depuso jurídicamente D. Alfonso Martinez de Cós, nieto de estos Señores.

Concluyó este Capítulo con lo que sucedió á Luisa Lopez, muger de Juan Martinez de Figueroa, Notario

Apos-

Apostólico. Hallábase esta Señora en un recio parto sin poder dar á luz la criatura. Atormentábanla tanto los dolores, que todos daban por seguro su fallecimiento, llorando con gran compasion al considerarla agonizar sin remedio con muerte tan penosa. El Notario su marido, que era Cofrade de San Isidro, y por su intercesion habia logrado en otra ocasion la salud y la vida, le ofreció su afligida muger con grandes veras y mucha devocion. Mandó traer la colcha con que habia estado cubierto el cuerpo del Santo, y la puso sobre la enferma, levantando esta al mismo tiempo su corazon al Cielo, y pidiendo al Santo la socorriese en aquel aprieto mortal. ¡ Cosa maravillosa! Inmediatamente sin dificultad dió á luz el fruto de su vientre, quedando tan serena como si no hubiera pasado semejante martirio. Sobrecojió tan instantáneamente la alegría al dolor, que los presentes se miraban unos á otros, sin saber que decirse de admiracion, hasta que desembarazados algun tanto los corazones del asombro, prorrumpieron en alabanzas del santo Labrador.

CAPÍTULO II.

Muéstrase S. Isidro portentoso con la inocencia desde la cuna, favoreciendo milagrosamente á muchos niños, quando entre mortales accidentes peligraban en la mas temprana edad.

Cada semejante tiene inclinacion á su semejante: la paloma busca á la paloma, y el cordero ama al cordero: por eso S. Isidro, como en su vida fue tan santamente inocente, se inclina á los inocentes de tierna edad, con piedad tan maravillosa, que es imposible expresar uno á uno todos los prodigios que ha obrado en este asunto. Haremos memoria de algunos con que ha favorecido á los niños que le han encomendado.

Estádo un Labrador llamado Diego Moreno desahuciado de los Médicos por unas calenturas perniciosas, y vómitos muy frecuentes, que le continuaron por un mes, Isabel de Quintana, su muger, le encomendó al Santo; y dándole un poco de agua de su fuente quedó milagrosamente sano. Un hijo que tenia de pecho cayó des-

pues

pues enfermo con una calentura lenta, que le fue secando hasta ponerle en brazos de la muerte. Como la buena labradora vió lo que habia pasado con su marido, no quiso valerse de mas medicamento que irse una tarde á la hermita de S. Isidro. Llevó al niño enfermo; y despues de haberle encomendado al Santo le lavó la cara con el agua de su fuente santa. Entróle al infante un sudor tan copioso como saludable, pues con él quedó con perfecta sanidad.

Doña Catalina de Santander, viuda, tenia en su casa á Doña Gregoria de Santander, su sobrina, de edad de nueve ó diez años. Acometió á esta niña una enfermedad grave, de que resultó una grande opilacion. Queríala mucho su tia, y por tanto procuraba su salud con tanto cuidado, que quantas medicinas humanas podian convenir para su remedio tantas executó. Quatro años habia estado padeciendo aquella criatura, sin hallarse medicamento que la fuese de provecho. Llegó á estar ya tan flaca y consumida, que solo la habia quedado la figura de muerte so-

bre los secos huesos; y los Médicos la dexaron por incurable. Viendo Doña Catalina que se la moria sin remedio, acudió á los del Cielo, y con muchas lágrimas y eficacia se la encargó al glorioso San Isidro. Mandó traer una cantarilla de agua de su fuente; y sin reparar en que la señorita se hallaba mas fatigada y doliente que nunca, con gran fe la dió de beber quanto quiso. Fue uno de los grandes milagros del Santo; pues aunque todo el afan de la enferma era saciarse de agua, y ni con esto, ni con las muchas purgas que habia recibido, jamás se habia conseguido mutacion en el vientre, apenas bebió el agua del Santo, quando antes de medio quarto de hora la dió tal desconcierto, que arrojó quanto humor malo tenia introducido en el cuerpo, quedando, con admiracion de todos, perfectamente buena.

Vivia en Madrid, el año 1590, un hombre honrado y buen christiano llamado Andres de Cuellar. Dióle Dios un hijo, á quien puso su propio nombre. Apenas habia cumplido quatro años, quando se cubrió todo de una sar-

na tan copiosa , que parecia lepra. Aplicábanle diferentes unguentos , sin perdonar medicamento alguno de quantos dictaba la medicina; mas ninguno fue poderoso para impedir que aquella criatura no estuviese padeciendo todo un verano , y aun con ellos empeoraba cada día. Estando su padre con este desconsuelo, oyó en una conversacion familiar contar algunos milagros de S. Isidro ; y acordándose de la necesidad de su hijo , hizo entre sí propósito de llevarle á la hermita del Santo. No pasó mucho tiempo sin ponerlo en execucion. Llegó con el hijo al Santuario , y pidió al santo Patron con mucho encarecimiento le quitase aquella enfermedad , que tanta compasionaba á quantos miraban al niño. Hecha su oracion , se salió de la hermita : llegóse á la fuente , y desnudando la criatura , la puso en carnes á la corriente del agua. Con el frio lloraba , y hacia extremos ; mas su padre le decia con devoto gracejo : *Calla , hombre , calla , que esto te da la vida.* Y así fue , pues con aquella agua , sin mas medicamento , se le quitó brevemente la lepra , sin volverle mas semejante enfermedad.

Despues de este suceso, otro hijo del mismo Andres de Cuellar , de edad tambien de quatro años , llamado Francisco , enfermó gravemente con unas calenturas continuas. Sangraronle , y de esta operacion le sobrevino una erisipela en el brazo y lado del corazon , que le cogia tambien la espalda , y llegaba á la garganta. No bastaban las medicinas á detener la enfermedad , antes por instantes iba creciendo mas. Desahuciáronle todos , y con razon , pues estando ya tan cerca de tocarle al corazon , sin duda y con brevedad moriria. Su buen padre , como con el otro hijo habia experimentado el patrocinio de S. Isidro , le encomendó tambien este. Prometió al Santo , que si se le guardaba , le haria su Cofrade , le llevaria nueve dias á su Santo sepulcro , y cada dia haria dixesen por él una Misa. Hecha esta promesa , mandó fuesen por la colcha del Santo : traxéronla , y luego que la echaron sobre la cama del moribundo infante , no obstante que estaba tan en los últimos alientos , que parecia ya difunto , abrió al instante los ojos , comenzó á llamar , se detuvo la erisipela , y se le quitó la calentura.

Dentro de siete dias le sacaron de la cama enteramente sano, con advertencia, que en todo este tiempo no se le hizo mas remedio que tener sobre la cama la colcha. Cumplió Andres lo que habia ofrecido por su hijo; y con experiencias tan milagrosas quedó tan sumamente aficionado, que siempre que llegaba á hablar del santo Labrador, perdía el afecto los términos de la razon.

Una niña, hija de Francisco Argüello, siendo de dos años tuvo una apostema en la garganta. Llamaron para su curacion diversos Cirujanos, y uno de ellos fue el Doctor Torres, Médico y Cirujano del Rey. Este dixo, que la quixada donde estaba arrimada la apostema se hallaba ya podrida, y que á otro dia traeria los instrumentos convenientes para sacársela; que tuviesen prevenido allí un brasero con lumbre. Doña Catalina de Garnica, madre de la niña, viendo esta determinacion, no menos necesaria que peligrosa en una edad tan tierna, cogió su hija en los brazos, se fue con ella á la Iglesia de S. Andres, púsose delante del sepulcro del santo Patron de Madrid, y le pidió alcanzase de Dios

remedio, á fin de que aquella su hija se librase del peligroso martirio á que estaba sentenciada. Hecha su oracion con las veras de lastimada madre, se volvió á su casa. A otro dia por la mañana vino el Doctor Torres; metió sus hierros en el brasero, que ya estaba encendido, dispuso sus hilas; previno sus paños, y pasó á quitar las vendas y cabezales con que la niña tenia ligada la herida. Luego que los quitaron apareció la llaga cerrada, sana y sólidamente cicatrizada. Quedóse admirada Doña Catalina, y mucho mas el Doctor Cirujano, que absorto con los paños y venda en las manos, exclamó: *¿Qué es esto, señora?* A que respondió Doña Catalina: *Señor, este es milagro de S. Isidro conocida-mente. Yo, ayer, considerando el peligro de la cura, llevé la niña á la Iglesia, y se la ofrecí muy de corazon al Santo, y ahora está sana como se ve. Bendito sea Dios: bendito sea Dios.* Todos lo reconocieron por prodigio sobrenatural, y sirvió del mayor esfuerzo á la devocion del gloriosísimo Labrador.

Otro niño de dos años, á mas de criarse muy enfermo le

le sobrevinieron unas calenturas tan pertinaces, que le duraron mas de dos meses. Aplicábanle quantos medicamentos discurrían conducentes para un enfermo de aquella debil edad, pero tan sin provecho, que cada día se ponía peor. Viendo su madre Mariana Osorio, que ya los Médicos desamparaban por incurable á su hijo, le llevó á la Capilla de S. Isidro; y puesta de rodillas delante de su altar con el niño á los pechos, le rogó que pues tanto apreciaba la inocencia, mirase por aquel pobrecito inocente, que tanto estaba padeciendo, y que, si habia de ser para servicio de Dios, le alcanzase de su Magestad salud y vida. Conocióse bien claro que habia oido su oracion el Santo, pues el niño volvió á casa mejorado, y á otro día estuvo de todo punto sano.

A últimos de Setiembre de 1596 cayó enferma de tabardillo Maria Villadrando, siendo niña de dos años. Era el tabardillo tan recio, que la puso en total peligro de perder la vida. Isabel Rodriguez su madre, afligida de ver á su hija tan enferma, prometió á S. Isidro, que si la daba salud ordenaria se ce-

lebrase una Misa en el altar de su Capilla, y despues la llevaria á su hermita. Con esto mejoró la criatura de tal suerte, que en breve tiempo la levantaron de la cama, y andaba por allí como podia. No obstante proseguía enferma, sin acabar de limpiarse de una calenturilla lenta que la molestaba. Un día la apretó mas que nunca, y acordándose su madre de la promesa, dixo á otras amigas y parientas suyas: *vamos, vamos á S. Andres, y llevemos la niña, esté como estuviere: mandarémos decir la Misa á S. Isidro, porque yo juzgo, señoras, que el Santo no me la ha de poner buena hasta que cumpla lo que le he ofrecido.*

Fueron todas á la Iglesia, y mandaron decir la Misa al Santo. Oida pasaron á la hermita, que está de la otra parte del rio Manzanares. Aquí volvió Isabel Rodriguez á encomendar su hija al Santo, y de su fuente la dió bien de beber, porque la niña, con el ardor de la calentura, no cesaba de clamar por agua. Fue cosa prodigiosa: en el mismo tiempo que bebió quedó sin calentura, limpia del mal, y con maravillosa salud. La madre no

se hartaba de mirarla tan de presto trocada : las demas mugeres necesitaban de toda su experiencia para no dudar lo mismo que tenian por cierto , y les hacia evidente la vista. Volvieron todas muy alegres á casa , y apenas llegaron fueron todas á contar el milagro á Diego de Abeó, padre de la niña. Quería tiernamente este á su hija , y á medida de su cariño fue su agradecimiento , alabando á Dios y al Santo.

CAPÍTULO III.

Juventud remediada en lo espiritual y corporal por la intercesion de S. Isidro á ruegos de un Caballero joven : sana milagrosamente á un Caballo notablemente herido ; y con repetidos milagros da salud á otro devoto mancebo.

Quien mal anda mal acaba , y el no suceder siempre asi se debe á la misericordia de Dios , que atendiendo á los méritos y ruegos de sus escogidos , muchas veces da lugar á que finalice bien quien caminaba mal. No ha sido la intercesion de S. Isidro la menos poderosa para esto , como lo experimentó , entre otros , un man-

cebo de Madrid. Llamábase Blas de Amor , y era el suyo tan fuera de la honestidad , que llevado de las pasiones de su florida juventud , buscaba quantas ocasiones podia para saciar su lasciva propension. Olvidaba la muerte , que finaliza todos los gustos del mundo ; y las penas del infierno , que acarrean los deleytes sensuales , estaban lejos de su recuerdo , que , con ser en una Corte tan frecuentes las ocasiones de pecar , aun parecian pocas á su vicioso apetito. Viviendo así desenfrenado este joven , vino á sacar el fruto , que cogen los demas aficionados á este brutal desorden. Acometióle el mal que llaman venéreo , con una corrupcion grande en las partes del cuerpo , que son principio de semejante mal y daño. Tenia este mancebo alguna devocion con el santo Labrador , y quiza por su intercesion le castigaria Dios para que escarmentase ; que tambien los castigos del Señor son efectos de su divina piedad. Cundió tanto la dolencia , que no hallando los Cirujanos otro remedio , se determinaron á emplear en el pobre mozo los trinchantes instrumentos de la cirugía. Acordóse Blas del amor que

que tenia á S. Isidro ; y sin aguardar á tanto se fue á su hermita , confesó con mucho dolor de sus pecados , y propósito firme de enmendar su vida : oyó Misa , y comulgó con devocion. Hecho esto se fue , con no poco trabajo , á la fuente santa , y aguardando ocasion , se lavó con su agua una y otra vez , hasta que se resolvió la inflamacion. Quitósele en fin la calentura , y quedó limpio de la corrupcion y podre , volviendo á su casa bueno y sano , y sin necesitar ya el tormento que temia.

Quasi lo mismo sucedió á Juan Christobal Quintana. Era este un mozo Valenciano , que con la libertad y la ocasion se comenzó á viciar. Tenia poca edad ; y la falta de conocimiento le hacia precipitar mas en la perdicion de su alma , de su hacienda y de su salud ; que todo junto lo llora al fin quien al principio no lo considera en particular. Juntábase con malas compañías ; peste contagiosa que mortalmente daña , y mas á la juventud. Caminando con otros mal criados por el campo de la luxuria , se apoderaron de su lozanía dos bultos tan malignos , que le pusieron en gran pe-

ligro la vida temporal y eterna. Quiso Dios que con el trabajo abrió los ojos al desengaño. Habia oido decir á su padre Alfonso de Quintana , que encomendándose á S. Isidro de Madrid , habia sanado de calenturas malignas , una vez en aquella Villa , y otra en Toledo. Acordándose de esto el afligido mozo , se encomendó muy de veras al Santo , prometiendo que si le sacaba de tan grande peligro le iria á visitar. Prevínose con una buena confesion y con la sagrada Comunión : despues se encomendó de nuevo á nuestro glorioso Patron , con tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas , que dentro de cinco dias , sin mas remedio , se halló perfectamente libre de tan peligrosa dolencia. No hay duda que en la fuente Sacramental de la Penitencia se limpia el alma de sus males ; mas tambien suele el cuerpo librarse de sus penosos accidentes , y mas quando interviene el poderoso patrocinio de los Santos. Bien lo experimentó en esta ocasion Juan Christobal ; por tanto en la enmienda de su vida manifestó su verdadero agradecimiento á Dios y á su santo Labrador.

La mañana de S. Juan, saliendo en su Caballo á pasearse por las riberas del río Don Juan de Cos, Caballerito mozo de la Corte, fatigó de tal suerte al brioso animal con las espuelas, que le hizo derramar por las heridas grande copia de sangre. Volvióse á casa, y mandó llamasen un albeytar: pusieronse varios medios para curarle; pero ninguno bastó á detener la sangre. D. Juan, como joven bizarro de aquel tiempo, estimaba sobre todo encarecimiento su caballo, y sentía mucho ver se desamgraba tanto, que poco á poco iba el garboso bruto perdiendo su lozania, y se moría sin poderlo remediar. Acordóse el Cortesano mancebo del milagro que hizo S. Isidro quando resucitó el caballo de su amo Vargas, y alentado con esto cogió el suyo, y por último remedio le subió á donde está la hermita del Santo de la otra parte del río. Dexó junto á la fuente el animal, y él se entró á hacer oracion en la hermita. Allí se le encargó al Santo con mucha fe, y no poca esperanza de lograrle. Salió luego, y arrimando el caballo á la fuente milagrosa le lavó las heridas con su agua. Lo-

gró bien su deseo; pues al mismo tiempo se restañó la sangre, se cerraron las heridas, y quedó el bruto sano. Volvió el Señorito muy contento á su casa, y con su mucha alegría alborotaba la familia, dando gritos: *San Isidro sí que es gran Santo, que me ha puesto bueno mi caballo.*

Un Portero de Cámara del Rey Felipe II se preciaba tanto de ser devoto de S. Isidro, que le tenía escogido por especial Patron en todas sus cosas favorables y adversas; y en verdad que le premió Dios con mano liberal este devoto afecto. En una deposición jurídica que hizo, afirmó con juramento que habiendo estado diversas veces enfermo, ya con tercianas, ya con calenturas continuas, su remedio era encomendarse á S. Isidro Labrador: quando le apretaba la calentura dice que se iba á la Iglesia, se ponía delante del Santo, le contaba sus males, y le suplicaba confiadamente le remediase; y sin mas diligencias se limpiaba luego de ella, y se volvía á casa como si no hubiera tenido enfermedad. Asi le pagó nuestro Señor, no una, sino repetidas veces, la mucha devoción que

que profesaba á este santo Cortesano celestial: mas entre tantos milagrosos favores expresó con mayor agradecimiento, que estuvo seis meses continuos padeciendo un mal de gota tan terrible, que ni le permitia estar en pie ni sentado, ni le dexaba levantar de la cama (quando aprieta este mal es cruz terrible), y pasado ya el medio año que estaba en el continuo tormento, faltándole el aliento para mas padecer, se encomendó con todo empeño á su amado Patron: hizo que le vistiesen; levantóse de la cama como pudo; tomó un palo en la mano, y aunque muy dolorido, fue poco á poco á la hermita del Santo. Renovó allí sus súplicas, y proponiéndole su gran trabajo, le argüia con los favores que en otras ocasiones le habia hecho. Siendo ya hora se volvió á su casa, pero con grandísimo alivio, y tan favorecido del Cielo, que á poco tiempo se le quitó totalmente aquel mal, y no le volvió á molestar mas.

CAPÍTULO IV.

Aparecese glorioso S. Isidro á una enferma, y con su presencia le da milagrosa salud: con unos corales tocados á su santo cuerpo se consigue otro prodigio en no menos apretada dolencia; y derrama sus piedades sobre otros devotos, en virtud de una mortificacion christiana, y una piadosa oferta.

Muchas veces se ha dexado ver en Madrid, despues de ser habitador de la gloria, y desde ella ha venido ha visitar á algunos paisanos de la tierra nuestro bienaventurado Labrador. Doña Mayor de Espinosa, muger de D. Bartolome Rincon, estuvo tan enferma de cética, que en siete meses no pudo levantarse de la cama. Padecia grandes dolores, sin hallar alivio en medicina humana. Era toda la casa de D. Bartolome muy aficionada á S. Isidro, particularmente Doña Mayor le veneraba con singular afecto. Viéndose así tullida y cargada de dolores, sin aprovecharla medicamento alguno, tomó por úl-

último remedio instar al Santo con repetidos ruegos la alcanzase de Dios alivio y salud en sus males.

Rendida á las violencias de tan tirano mal, que no la habia permitido en algunos dias un rato de sosiego, se quedó dormida, mas que por aliviada por fuerza de la necesidad. Mientras duraba el sueño vió delante de sí al santo Labrador lleno de resplandor y gloria, y al golpe de tanto gozo en su alma abrió los ojos del cuerpo. Luego que despertó desapareció el Santo, y desde aquel punto (con admiracion de quantos se hallaron presentes) se la quitó totalmente el dolor, se pudo mover, y dentro de pocos dias, sin otra medicina, se levantó fuerte y sana. ¡ Oh que medicina tan eficaz! La presencia de Isidro glorioso. ¡ Qué experimento tan saludable! Ver la luz celestial en el rostro del divino Labrador.

Pasados quatro años, en el de 1594, despues de este favor sucedió, que una criada de la propia Señora, de un parto que tuvo la resultó tal inchazon en una pierna, con un humor tan ardiente y fuerte, que la

abrió una llaga tan grande como la palma de la mano. La pobre Catalina Hernandez, que así se llamaba, padecia tan recios dolores, que la forzaban á dar descompasados gritos. Uno de los dos Cirujanos que la asistian, que lo era del Rey, y en su facultad muy famoso, despues de varios medicamentos que hizo, vino á decir por fin, que aquella enfermedad era goma, que seria en vano aplicar medicinas, y forzoso cortar la pierna por la rodilla, porque de lo contrario moriria en pocos dias. Aunque estaba la pobre Catalina ignorante de semejante sentencia, un dia, que la atormentó el dolor mas que otros, se fue, aunque con sumo trabajo, á la Parroquia de S. Andres, donde á la sazón se hallaba descubierto el cuerpo del Santo por pública rogativa. Entró en la Iglesia, hizo oracion, y llegando, aunque con trabajo, al altar, como no pudiese acercarse bien al Santo, por la mucha gente que habia concurrido, se quitó una sarta de corales que tenia puesta por gargantilla, y se la dió á un Sacerdote para que la tocase al santo cuerpo. Hizolo así el Clérigo, y se la

volvió. Tomó Catalina su sarta de corales, y retirándose del concurso, se la puso con recato al rededor de la pierna llagada. Milagro insigne, y por tal autorizado en Roma. Al momento se la quitó el dolor; y aunque fue á la Iglesia coxeando mucho, quando volvió á casa no se la conocia tal mal. Prosiguió aplicando todos los dias este remedio, y sin mas medicina, al quarto se la cerró la herida, y vivió despues mas de diez años buena y sana. A todos causó mucha devocion ver que una gargantilla, con solo haber tocado el cuerpo del Santo, adquiriese virtud para tanto prodigio. El Doctor Quijar, decia; *este sí, este sí que es conocido milagro, pues quantas medicinas hay no podian obrar una curacion tan sólida, quanto menos efectuarla tan pronta.* Catalina, luego que supo la determinacion de cortarla la pierna, al verse ya libre de esta sentencia, recibió nuevo motivo á mayores agradecimientos y alabanzas al bendito Labrador.

No es menos digna de memoria la maravilla que obró con Juan Lopez, Mercader de Madrid. Padeció cinco

meses unas tercianas dobles que le tenian sumamente molestado. Su madre, compadecida de verle affigido con tan recio y largo mal, le encargó mucho se encomendase á S. Isidro, y concertáronse de ir los dos á visitar su hermita. Fueron con efecto un dia, y pasando el rio, al llegar á la falda de la cuesta se puso de rodillas el enfermo, y de esta suerte subió hasta llegar á la hermita. Quien haya visto la cuesta y se haga cargo de la enfermedad, conocerá lo grande de la penitencia. Entraron madre é hijo en el Santuario, y suplicaron con muchas veras á Dios, que por la intercesion y méritos de su gran Siervo se dignase concederles la salud que venian á pedir. No fue en valde su oracion y mortificacion, pues luego se sintió bueno, y jamas le volvieron las tercianas. Quedóle con esto á Juan Lopez tanta fe y confianza en el Santo, que estando otra vez enfermo en Toledo, y habiendo llegado su vida á los últimos peligros, hizo que le llevasen de Madrid un poco de agua de la fuente del Santo. Lleváronse la y al punto que la bebió quedó fuera

ra de peligro y sanó con mucha brevedad.

A D. Gregorio Guerrero, Capellan de Monseñor Nuncio, le entraron el día 3 de Marzo de 1598 unas calenturas tan recias, que á la primera cayó en cama y perdió el juicio. Dióle un delirio tan furioso, que le hacia decir y hacer muchos disparates, sin dar algunas treguas; para el sosiego. Al fin vino á parar en un tabardillo tan maligno, que sin aprovechar los medicamentos, no se dudaba ya de su muerte, segun el sentir de los Médicos. Despues de ocho dias, que estaba tan de peligro, sin poder comer, ni sosegar, y desauiciado ya de quantos le asistian, se acogió el buen Sacerdote al patrocinio del Santo Labrador. Levantó los ojos al Cielo y el corazon al Santo: *Glorioso S. Isidro*, dixo, *yo os ofrezco decir dos Misas, y dar para los gastos de vuestra Canonizacion doce reales.* Rezó dos veces el Padre nuestro y Ave Maria con mucha fatiga, porque se estaba abrasando, y con unas congojas mortales. Luego que rezó, se echó á pechos una cantarilla de agua, que un hermano suyo le habia trai-

do de la fuente santa. Impelido de la ardiente sed, y mucho mas de su fe grande, bebió un buen golpe de ella, y no hizo mas que acabar de beber, quando sin otra diligencia, inmediatamente quedó libre del tabardillo y limpio de calentura. Todos admiraron la salud en un enfermo tan de peligro, y mas la prontitud en el milagro, alabando á nuestro Señor, que tanto premia los cortos obsequios que se hacen á su querido Labrador.

CAPÍTULO V.

Milagros portentosos que obró S. Isidro con personas ciegas de nacimiento, y con otras, que por raros accidentes perdieron el grande beneficio de la vista.

Dar vista á quien no la tiene excede la posibilidad de la naturaleza y del arte; pero el mayor prodigio es poner vista en quien jamás la tuvo. Hasta que Christo vino al mundo, de ningun Santo se lee que obra-se semejante maravilla; por eso el ciego de nacimiento, á quien Christo dió vista en Jerusalem, decia: *Desde que el mundo es mundo no se ha*

*oido que alguno haya dado vista á uno que nació ciego. Uno de los milagros de San Isidro , que mas eco hicieron en la Sagrada Congregacion de Rota , fue el siguiente: estando una noche velando mucha gente en la Iglesia de S. Andres (que entonces era muy frecuente) mientras unos descansaban , otros dormian, y otros rezaban , un hombre á quien llamaban *Benito el ciego* , porque desde que nació lo habia sido , se acercó al sepulcro del santo Labrador , y perseveró allí en oracion por mucho tiempo. A media noche quiso Dios nuestro Señor , para mayor gloria de su bienaventurado Siervo , que de repente se hallase aquel pobre hombre con vista. Admirado de ver lo que nunca habia visto , maravillado de mirar las obras de Dios , y gozoso de hallarse con beneficio tan apreciable , no cabiéndole la admiracion en el alma, ni el gozo en el pecho , prorrumpió á voz en grito: *Señores , señores , todos quantos se hallan presentes , vengany vean lo que ha obrado conmigo este gran Santo. Yo , que siempre hasta ahora he sido ciego , me hallo ya , por la misericordia de Dios , con vista.**

A las voces de Benito , los que estaban dormidos despertaron , y los que estaban despiertos se levantaron de sus puestos. Acercáronse todos; y viendo que ya no era ciego , antes se hallaba con los ojos claros , y una vista admirable , celebraron con mil bendiciones la gracia con que desde la gloria le habia favorecido el bendito Labrador.

De otro Caballero, que militaba en la guerra que el Rey de Castilla traia contra los Sarracenos, cuenta tambien el Diácono Juan , que tenía un hijo ciego desde su nacimiento. Causaba mucha lástima á todos aquel jovencito sin vista , y en especial al padre , que iba descubriendo en su hijo muy buenas prendas para cosas superiores en adelante , si no le imposibilitara aquel trabajo. Un día , que se hallaba el Militar mas encendido en deseos de ver á su hijo sin aquel impedimento , le dixo que se encomendase muy de veras á S. Isidro de Madrid, que esperaba en Dios le daría vista por los méritos de este Santo. El joven recibió muy gustoso el consejo de su padre , y uno y otro tomaron por empeño encomendarlo al santo Labrador. Co-

sa por cierto prodigiosa. Un día, quando mas descuidados se hallaban, abrió el ciego los ojos, y de repente vió con claridad. Gozoso de ver las criaturas de Dios, y admirado á vista de la hermosa fabrica del Universo, no se hartaba el afortunado joven de dar gracias al Señor de Cielos y Tierra; y su buen padre manifestando en lágrimas de sus ojos el contento de su corazon, multiplicaba bendiciones al milagroso Patron de Madrid, por quien tanto bien habia recibido.

Un Sacerdote del Cabildo Eclesiástico de Madrid, por nombre Domingo Dominguez, de una comida de anguila le resultó en los ojos una muy penosa enfermedad. Tan malo estaba aquel pescado, y tanta era su malignidad, que con su dañado efecto al fin le privó de la vista. Hallábase este Eclesiástico hermano de una Cofradía, que por costumbre ó estatuto daba cierto dia una comida á Clérigos, Religiosos y Seglares en el Convento de los Padres Menores de San Francisco. Corria esta funcion por su cuenta aquel año, y acercándose el dia, como se hallaba impedido por su privacion de vista, encargó

á otros amigos cuidasen por él de aquel empeño. Llegó el dia del convite, y por urbanidad quiso hallarse con los demas hermanos en Cabildo, y darles á todos con su trabajoso mal satisfaccion de no poder asistirles, segun su buena voluntad. Encontró á todos á la puerta de la Iglesia de S. Andres, y refiriéndoles su tragedia, les significó su imposibilidad, y todos le tuvieron por justamente escusado.

Dexó los otros á la puerta, y se entró en la Iglesia á hacer oracion. Llegóse al sepulcro de S. Isidro, y puesto de rodillas le pedia la salud y vista: juntaba su rostro con el santo sepulcro, y tocaba á él sus ojos enfermos con mucha fe y devocion. Comenzó con esto á sentir de repente tan grande alivio desde la cabeza á los pies, y un refrigerio tan suave en todo el cuerpo, que (como el mismo Clérigo contó á Juan Diácono, que es quien lo escribe) conoció claramente que aquello era cosa de Dios. Levantóse, y abriendo una caja de madera, donde estaba un pedazo de la mortaja del Santo, se la puso sobre los ojos. Fue cosa prodigiosa, que al punto que tocó la reliquia á los

los ojos , quedó sano , la vista con mucha claridad , con vigoroso ánimo en el cuerpo , y con especial gozo en el alma.

Luego que recibió este divino beneficio , corrió con grande alegría á dar noticia de tan raro prodigio á los hermanos de su Cofradía , que estaban ya juntos todos en el Convento de S. Francisco de Asís. Ibanse á sentar á la mesa , quando entró D. Domingo , que no cabía de gozo , publicando su dicha. Vieron todos que los ojos que poco antes tenia tan malos , los traía del todo buenos , de que recibieron grandísimo placer. Sentáronse á comer con mucho contento , y refiriendo de sobremesa el caso por extenso como habia sucedido , todos con tierna devoción dieron muchas gracias al Soberano Rey del Cielo , que tales maravillas se sirve obrar por su bienaventurado siervo S. Isidro.

Cien años despues del feliz tránsito de nuestro santo Labrador , reynando D. Alfonso el Sabio , se renovó la memoria de su insigne santidad con esta maravilla. Viernes 29 de Octubre del año de 1271 , estando al medio dia un hijo de una viuda,

llamado Domingo , muchacho ya grandecito , con otros de su edad , sin saber como , ni quando , de repente , sin conocer de qué , ni por qué , quedó ciego. Comenzó á decir que nada veia , y pidió á otro le conduxese á su casa. Llévaronle de la mano , y entró diciendo que estaba totalmente sin vista. Registráronle con cuidado los ojos , y viendo que no tenia en ellos mal alguno , creyeron era enredo de muchacho para fingirse ciego. Ayudaría tambien á esta sospecha él , que tendria algunas travesuras pueriles , con que les habria burlado otras veces , y asi tenian aquello por ficcion. Un compañero suyo afirmaba que era verdad , porque yendo con él por fuera del Lugar á un recado , que le habia encargado su tutor , al pasar junto á un foso del muro , se hubiera precipitado sin remedio , si él no le hubiera detenido con presteza para que no cayese.

No obstante , como veían que tenia los ojos hermosos , claros y sin novedad alguna exterior , no habia forma de darle crédito , antes le reñian con aspereza , y le amenazaban con castigo , si no dexaba aquella que les parecia

mania porfiada. El pobre chico lloraba, se quejaba de su trabajo, y no habia consuelo para él. Viendo esto, para conocer si decia verdad, le armaron algunas trampas; y en fin, hicieron con él tantas experiencias, que con evidencia conocieron estaba del todo ciego. Todos los de casa comenzaron entonces á mostrar grande sentimiento, particularmente su madre, y una hermana que tenia. Lloraban la viuda y su hija sin consuelo aquella desgracia, porque el muchacho debia ser el único arrimo de su esperanza para el alivio y conveniencia suya en adelante. Empezaron á idear el remedio; pero faltas de consejo, no discurrían cómo hallarle, y todo se les iba en gemir y derramar lágrimas. El ciegucecito Domingo, inspirado del Señor, dixo de improviso: *No lloren: llévenme por amor de Dios á S. Isidro, para que me sane.* La madre respondió: *Bien está, hijo mio:* y al punto, teniendo todos por inspiracion de Dios este acuerdo, le cogieron de la mano, y le llevaron al sepulcro del glorioso Labrador.

Entraron en la Iglesia, y puestos de rodillas delante del sepulcro del Santo, hi-

cieron oracion por aquella necesidad. Pidieron á los Sacerdotes tocasen los ojos de aquel pobrecito ciego con la mortaja del Santo, á cuyo contacto sanaban tantas enfermedades, y de los ojos con especialidad. Sacó un Sacerdote aquella reliquia de una caxa en que estaba, y se la dió al muchacho, que al instante se la arrimó á su rostro. Comenzó á gritar: *gracias á Dios: gracias á Dios.* La madre y hermana dixerón: *¿Pues qué ves ya Dominguito?* Respondió pronto: *Veo bien á todos los que están aquí, y los conozco. Bendito sea S. Isidro, que me ha dado vista.* Preguntóle su hermana de qué color era el paño que estaba encima del sepulcro del Santo. Satisfizo con viveza: *Tira á encarnado, y está bordado de otros colores.* Para mas certificarse la gente de tanta maravilla, hicieron otras experiencias, con que acabaron de creer tan gran prodigio. La viuda y su hija lloraban ya de puro gozo. El Clero y Pueblo (dice Juan Diácono) conocieron, que el milagro era muy prodigioso, y obra propia de Dios, á cuya Omnipotente Magestad dieron mil bendiciones y alabanzas por

por la admirable providencia con que en todos los años, siglos y tiempos hace maravillosos á sus Santos.

Una muger, llamada Maria, que vivia en el arrabal de Madrid, tuvo no se sabe que accidente en los ojos, de que quedó totalmente ciega. Estuvo así tres semanas, y como la hacia falta la vista para la labor de sus manos, única renta con que pasaba su vida, se consumia de suma pena. Encomendó la pobre el remedio de su necesidad á S. Isidro; y saliendo un dia de su casa para ir á la Iglesia de San Andres á visitar el sepulcro del santo Labrador, abrió los ojos y se halló impensadamente con milagrosa vista.

Otro pobre jornalero, cuyo nombre era Gonzalo, padeció un dolor de cabeza tan recio, que se quedó sin ver poco ni mucho. Manteníase de su jornal, y como sin vista no podia trabajar, era para él doblado trabajo. Afligíase infinito viéndose sin un remedio, ni medio para conseguirlo, pues el que habia de labor de sus manos le imposibilitaba la falta de sus ojos. Verdaderamente que semejantes trabajos bastan para angustiar el corazón mas

magnánimo. En fin, determinó ir á visitar á S. Isidro Labrador, como lo executó, quedándose una noche velando y orando delante del sepulcro del Santo. Al amanecer la luz del dia, amaneció tambien la luz de sus ojos, pues al salir el alba le quitó el dolor, y le dió la vista nuestro milagroso Patron.

CAPÍTULO VI.

Admirable generosidad de S. Isidro en socorrer á los infelices, sacando á un Cristiano de cautiverio, y librando á un extrangero de la muerte y quema, á que estaba sentenciado.

En la Ciudad de Córdoba vivia un buen hombre llamado Juan Domingo. Como por aquel tiempo (era el año de 1270) todavía estaba la Andalucía por varias partes poblada de Moros, solian los Christianos salir con frecuencia á recorrer la tierra y trabar con ellos escaramuzas. Una vez, entre otras, habiendo salido Juan Domingo en compañía de algunos Christianos contra los Moros de la frontera, tuvieron un muy sangrien-

griento reencuentro. Al fin vencieron los Infieles, haciendo prisioneros á algunos Christianos, y entre estos á este buen Cordobés. Cautivo entre tan crueles enemigos gemia con inmensos trabajos en la dura opresion de una mazmorra. Clamaba á Dios de lo íntimo de su corazon, pidiendo á su Divina piedad le libertase de tan tirana esclavitud, y le sacase de la escandalosa compañía de aquellos sacrílegos alarbes. Sin determinar su devocion especial abogado, suplicaba á nuestro Señor se dignase darle libertad por medio de aquel Santo que fuese mas de su Divino agrado.

Oyó el Señor sus ruegos, como de siervo tan fielmente confiado; y escogiendo entre los Santos del Cielo al Labrador de Madrid, le envió por redentor de aquel afligido cautivo. Estando este una noche cargado de prisiones entró el glorioso Varon, llenando de claridad celestial aquel oscuro calabozo. *Ea, dixo el Santo, da gracias á Dios, que ha oido tus oraciones, y me envia para que te libre de las manos de tus enemigos.* A este tiempo se le cayeron las prisiones al cautivo, y

guiando el mismo Santo, le sacó fuera de la carcel, hasta ponerle en parage de toda seguridad. Pareciale al Cordobés (como al Apostol S. Pedro) que era sueño quando pasaba por él, y en medio de su admiracion preguntó al que le guiaba, *¿ Señor, quién eres que tanto bien me haces?* A que respondió su libertador: *Soy Isidro, pequeño Siervo de Dios.* Y diciendo esto desapareció, dexándole en camino seguro para poder volver á su patria. Volvió en sí Juan Domingo, y conoció entonces que verdaderamente le habia el Señor librado de sus enemigos por medio de San Isidro Labrador; y prosiguiendo su camino con gran contento y regocijo, hizo voto de ir en agradecimiento á visitar su santo cuerpo en Madrid, y llevarle alguna ofrenda.

Llegó muy alegre á su casa, y toda la familia le recibió con notable contento. Vinieron á darle la bienvenida sus parientes y amigos, y él referia á todos como le cautivaron los Sarracenos, las crueldades que con él executaban, como le libró Dios por medio de S. Isidro, y como habia prometido pa-
sar

sar á Madrid , para visitar su santo sepulcro , llevándole alguna cosa en agradecimiento de tan milagroso beneficio. Ninguno queria creer semejante prodigio ; que hay gente tan de tierra , que miran como imposible qualquier favor del Cielo. Reíanse de su dicho , y con algun género de aspereza le disuadian de su devocion. Persuadíanle que no dexase su casa (que se hallaba menoscabada con su ausencia) por irse á Madrid con aquella fantasía , que atendiese á su familia , y se dexase de romerías , que lo más acepto á Dios es atender cada uno á su obligacion. Estas y otras frases , que aun los más ignorantes del mundo saben vestir de buena capa para introducir lo que daña , y abandonar lo que aprovecha , resfrió de tal suerte la devocion en Juan Domingo , que olvidado del milagro dexó de cumplir su promesa.

Pasado algun tiempo , como cada dia se ofrecian reencuentros con los Moros , en uno de ellos quedó segunda vez esclavo. Conoció ser castigo de Dios , por haber faltado á lo que habia prometido la otra vez ; y lloran-

do su culpa pedia perdon á S. Isidro con mucho arrepentimiento. Suplicábale con humildad tuviese por bien alcanzar de nuestro Señor , que olvidando su ingratitud , se dignase de volverle á enviar para sacarle otra vez de aquella opresion bárbara. Gemia continuamente sus desagradecimientos , y no cesaba de repetir á Dios y al Santo sus humildes ruegos. Túvole , no obstante , su Divina Magestad en aquellos trabajos algun tiempo ; pero al fin le oyó benigno , y multiplicando sus misericordias , le envió segunda vez al santo Labrador , que con las mismas circunstancias que antes , le quitó los grillos y cadenas , le sacó de la prision y le puso en seguridad , para que pudiese caminar á Córdoba. Entró en su casa ; refirió el prodigio repetido que acababa de obrar con él S. Isidro de Madrid ; y para que mejor le creyesen , declaraba la estatura del Santo , la disposicion de cuerpo , y las facciones de rostro muy legítimas , siendo así , que nunca habia oído hablar cosa especial de él , y no le habia visto antes ni aun pintado.

Escarmentado ya Juan Domingo previno sin dilacion lo necesario para el camino, y partió luego á Castilla con fervorosos deseos de visitar el cuerpo de nuestro Santo. Llegó á Madrid, donde cumplió su voto: asistió á los Oficios divinos, rindiendo infinitas gracias á Dios, que por su santo Siervo le habia dispensado tantos beneficios. Contó á muchas personas los milagrosos sucesos referidos; particularmente Juan Diácono los oyó de su boca, y nos los dexó escritos en su Historia. Dió una buena ofrenda de cera y otras cosas pertenecientes al culto y veneracion del Santo, y muy alegre volvió á Córdoba con toda felicidad.

No merece menos lugar en la Historia lo que sucedió reynando en Castilla el Rey Don Alonso el Sabio. Unos hombres mal intencionados quisieron perder á un extranjero llamado Pedro Garcia, por enemistad y odio, nacido acaso de saber que se hallaba mas medrado que ellos en caudal, buen trato y proceder. Causóles, pues, tal envidia verle estimado y bien quisto de todos, y al mismo tiempo tan adelantado en hacienda y

estimacion, que al fin le impusieron un crimen de lesa magestad. Acusáronle no menos que de monedero falso: delito contra Dios, contra el Rey, y contra el bien comun. Hombres hay tan sin temor de Dios, que por satisfacer su mala voluntad, se arrojan sin entendimiento á una condenacion eterna. Fue preso por orden del Rey el pobre extranjero, y sus émulos supieron vestir su falso testimonio, y probarle con tan astutos fingimientos, que al fin de diez meses de carcel fue condenado el inocente reo á muerte de horca, y por consiguiente al delito impuesto de ser quemado en público brasero.

Intimaron al buen Pedro Garcia la sentencia; y viendo el afligido que ya no tenia recurso en la tierra, acudió al Cielo. Clamó al glorioso Labrador: con voces nacidas del profundo sentimiento de su pecho, decia: *Bienaventurado Isidro, socórreme: Padre Isidro, ten por bien de librarne de este peligro en que me hallo.* No tardó mucho nuestro piadosísimo Patron en oir los ruegos y ansias de aquel afligido sin amparo. Vino á él en la quietud de la noche,

y con palabras amorosas le dixo: *Pedro, no temas: no saldrán con la suya tus enemigos: mañana serás libre.* El feliz fin del suceso probó bien la verdad de la revelacion. A otro dia, sin saberse cómo, ni de qué manera, vinieron los Ministros de Justicia, y revocándole la sentencia, le dieron por libre en un todo, convirtiendo su afliccion en regocijo. Quedó Pedro Garcia tan agradecido y tan aficionado á S. Isidro Labrador, que por donde iba no cesaba de publicar sus beneficios, y predicar sus milagros.

CAPÍTULO VII.

Da S. Isidro agilidad á tullidos, vista á ciegos, lengua á mudos, recibe el oído una sorda, y una manca goza milagrosa sanidad en su mano árida.

Vivia en Madrid un hombre muy honrado, cuyo nombre era D. Juan, casado con una noble señora llamada Doña Ovenia, ó Eugenia. Cayó este enfermo con una dolencia tan grave, que le dexó tullido de pies y manos, sin poderse mover poco ni mucho. Viendo Doña Eu-

genia á su marido hecho un tronco en la cama, y padeciendo tanto, hizo quanto pudo, como buena consorte, sin perdonar gasto, ni excusar medicina alguna por su salud. Mas como viese que nada aprovechaba, se puso un dia muy afligida á considerar qué haria, ó qué podria executar con su enfermo, que le fuese de alivio. Estando asi triste y pensativa, se acordó de un milagro que con ella habia obrado el Santo, quando hallándose enferma de los ojos, y tan falta de vista, que una criada tenia precision de llevarla á la Iglesia, en la de S. Adres estaba un dia pidiendo á S. Isidro el remedio, y de improviso se halló sana de los ojos, y con vista perfecta. Acordándose, pues, de este prodigio, exclamó: *Santo mio, tan poderoso sois ahora para curar á mi marido como lo fuisteis antes para curarme á mí: en tu clemencia aseguro su salud.* Dicho esto tomó una medida, y midió con ella el largo y grueso del enfermo, la cabeza, brazos y pies, y mandó hacer un cirio de cera de la misma estatura y grandeza. Esto fue por la fiesta de S. Bernabé Apostol. Dia 14 de Junio por